

(Transcripción)

Asís, 26 de octubre del 2000

Comunión entre carismas

De una conversación al Congreso “Carismas en diálogo y en comunión en la Iglesia católica”

(...)

Como probablemente recuerdan, en la víspera de la fiesta de Pentecostés, en día 30 de mayo de 1998, en Roma, sucedió algo, realmente histórico para los Movimientos y las Nuevas Comunidades eclesiales, en la Plaza de san Pedro, repleta de 300 mil personas, de unas 60 realidades eclesiales nuevas.

El Santo Padre quiso, en aquella ocasión, aclararnos, en un discurso, y lo hizo con gran amor, nuestro lugar en la Iglesia, como mencioné al comienzo. Explicó que la Iglesia tiene dos aspectos en profunda sintonía entre ellos: uno institucional y otro carismático, que son coesenciales. El segundo es un efecto de los nuevos y de los antiguos carismas. Y nosotros somos “expresiones significativas, aunque no las únicas”, de su aspecto carismático.

En aquella ocasión, sabiendo que el Santo Padre había manifestado el deseo de que los Movimientos estuvieran en comunión entre sí, habiendo sido invitada, junto con otros tres fundadores, a decir algo ante el Papa, yo le hice una promesa. “Por ser la unidad nuestro carisma específico –dije- me comprometo, junto con algunos otros que desde hace un tiempo caminamos en esta dirección, a realizar una acción para alcanzar la plena comunión entre los Movimientos”. Y el Papa se quedó muy contento de esto.

Y esta acción empezó enseguida. Hoy, 16 Movimientos están comprometidos en esa comunión y otros están uniéndose a nosotros.

¿Qué se hace? En primer lugar, rezamos los unos por los otros. Por ejemplo, pedimos gracias, todos los días, para los otros Movimientos como para el nuestro. Colaboramos activamente con las iniciativas de los otros Movimientos. Según las necesidades, prestamos casas, salas de reuniones, etc. Damos espacio en nuestras revistas para la presentación y las actividades de los otros Movimientos. Nuestros respectivos consejos centrales se reúnen de vez en cuando para conocerse e informarse sobre cómo avanza el Reino de Dios gracias a las respectivas iniciativas y así podemos alegrarnos juntos. Y nos ayudamos también en las dificultades. Tratamos de mantener informados a los miembros del propio Movimiento en el mundo entero, para que esta comunión sea compartida lo más posible.

Fueron creadas, en algunos Movimientos, secretarías para el trabajo inherente a esta comunión entre los Movimientos. Y en todas partes encontramos una expectativa increíble y un gran entusiasmo. Y continúa la amistad espontánea, que vimos florecer en Roma, sobre todo cuando el Papa dijo: “Hoy, desde el cenáculo de la Plaza de san Pedro, se eleva una gran oración: “Ven, Espíritu Santo”¹. Después de esa invocación no éramos los de antes: la indiferencia recíproca desapareció, la prevención también, la resistencia se deshizo. Nació entre todos el amor, el abrazo recíproco en Jesús.

Ayudados por esta nueva y alentadora situación, poco tiempo después programamos y realizamos, en varias diócesis del mundo, jornadas comunes, a veces realmente impactantes, con 12, 15, 20 Movimientos. Hasta el momento hemos realizado con la presencia de los obispos locales más de 120.

Los efectos han sido numerosos: aumentó el amor por el Papa, al cual nos sentimos personalmente ligados por nuestro servicio a la Iglesia universal; nuestra alma se ha ensanchado sobre todo el Cuerpo místico de Cristo, pues cada carisma es dado para toda la comunidad de los fieles. Al mismo tiempo

¹ Juan Pablo II, *Discurso a los Movimientos eclesiales y a las Nuevas comunidades*, en *L'Osservatore Romano*, 1-2.06.1998.

vimos, con alegría, en estas Jornadas, la ocasión para revelar a la Iglesia particular lo que posee: esas nuevas fuerzas, a veces desconocidas, para que goce y retome aliento.

En la Navidad de 1998 recibí una carta autógrafa del Papa Juan Pablo II, que respondía a una carta que le había escrito. En ella afirmaba que las noticias sobre cómo prosigue la comunión entre los Movimientos eran muy reconfortantes para él, le daban gran alegría, porque –decía– “la indispensable colaboración entre las distintas realidades eclesiales ciertamente dará mucho fruto”. Y ya es así. Y es lo que se ve.

En una manifestación, que tuvo buen éxito, promovida por un Movimiento, al cual brindamos nuestra colaboración, un cardenal –y no ha sido el único–, afirmó: “Si los Movimientos se unen, serán una potencia en la Iglesia”. Potencia para la Iglesia, por lo tanto, para gloria de Dios.

Todo lo que ha sucedido entre nosotros en estos dos años nos hace prever cómo podrá ser la Iglesia, si esa comunión prosigue: será más una, más atrayente, más acogedora, más cálida, más familiar, más dinámica, más mariana, más carismática.

Más tarde –ya que el ejemplo arrastra– los responsables de Movimientos de las Iglesias evangélicas y también anglicanas, tomando conocimiento de este trabajo, desearon ser informadas de todo y hoy desean fomentar con nosotros aquella comunión en la medida de lo posible. Y el Pontificio Consejo para la unidad de los cristianos está satisfecho.

Pero llevo siempre en mi corazón las últimas palabras de Juan Pablo II, cuando definió a los Movimientos: “Significativas expresiones del aspecto carismático de la Iglesia, pero no las únicas”. ¡Pero no las únicas!

Existen en la Esposa de Cristo joyas infinitas, –basta verlos a ustedes– fábricas de santos y de héroes, doctrinas estupendas, un sin fin de milagros, frutos de carismas dispensados por el Espíritu Santo a lo largo de los siglos. Por ellos, por lo que representan, o sea, una palabra de Jesús, un gesto suyo, etc., por las familias religiosas que las encarnan, la Iglesia parece ser y es un “Cristo a través de los siglos”, como dice el título de un libro mío.

Que Dios quiera esta comunión también con todos, para la gloria y orgullo de la Iglesia, para que su aspecto carismático adquiera nuevo vigor, nuevo esplendor y, en la unidad plena y cordial con el aspecto institucional, dé frutos jamás vistos.

Que María, madre de todos, la primera carismática de la Iglesia, nos ayude y nos ilumine con el Espíritu Santo, su esposo y haga de nosotros una sola cosa. Todo esto para el bien de la Esposa de Cristo y para la gloria de Dios.

Gracias, queridos padres y hermanas y laicos, y hermanos y amigos, gracias a los focolarinos por su atención. Paz y bien a todos. (Aplausos)

Chiara Lubich